

ct

# Un caballito soñado

de  
Arturo Babel y Darío Sigco

*(fragmento)*

*La luz se centra ahora en Arturo, el resto de la escena queda totalmente a oscuras, como si el mundo alrededor de esta persona desapareciese.*

## ARTURO

Anoche tuve uno de esos sueños que se te quedan atrapados en la mirada toda la mañana. Había vuelto al primer círculo. Estaba yo sólo, en posición fetal, flotando en mitad de un cuenco. La cosa es que reconozco ese cuenco: es el mismo donde servimos las patatas fritas en el bar en el que trabajo. El trabajo. Otra vez el trabajo, esta vez patrocinando mi subconsciente. Pues ahí estaba yo, flotando en mitad de ese espacio inanimado y oscuro. Tenía sensación de recogimiento. Pero la madre no estaba. Estaba yo solo, condensando en el cuenco mi propio calor. Era como si acabase de nacer, pero la madre no estaba. “¿Qué sientes?” Me pregunté. “Soledad”, Pensé. “¿Y qué más?” me volví a preguntar. “Abandono”.

Por lo visto a los niños que al nacer nos meten en incubadoras se nos acentúa la sensación de soledad y de falta. Y justo ese momento es el que estaba reviviendo en el sueño: Yo en la incubadora. Nací por cesárea con el cordón umbilical atado al cuello y me pasé cinco días en la UVI. La muerte y la vida se acercaron a mí al mismo tiempo y estuvieron dialogando un rato, para ver quién se quedaba conmigo. Llegaron a un acuerdo: Podía comenzar a vivir, trato hecho, pero a cambio tendría que cargar con ese cuenco vacío y oscuro durante todo el viaje.

Me he despertado con necesidad de volver a dormir. En vez de hacerlo me he pasado toda la mañana en el sofá, mascando el sueño.

Todos tenemos un nombre que nos es difícil pronunciar. El mío siempre ha sido Soledad. Por eso me aferro tanto a las cosas y a la gente, ya me he dado cuenta. A día de hoy la tengo bastante localizada. Mi soledad, digo. Pero aún así se me presenta, a veces, por sorpresa, para darme nuevas respuestas, para contestar por mí cuando yo no quiero saber nada de ella.

Es una movida, notar la presencia del miedo en el cuerpo de uno y no entender de dónde viene ¿Así cómo lo voy a solucionar? Claro, lo que no entendemos de nosotros nos da vergüenza, y lo queremos tapar. En este caso es como intentar esconder una puñalada: Es imposible, la sangre lo acaba empapando todo.

Y a esa herida abierta, a raíz de este sueño, la voy a llamar El Cuenco. Me funciona como imagen.

*(Se iluminan, solitariamente, los otros dos cuerpos)*

Es verdad que ya tengo 29 años y he podido ver que no sólo yo cargo con un cuenco. La soledad y la herida son un territorio común a todos. Todas llegamos a un acuerdo al nacer, del cual no podemos recordar ni las condiciones ni el objetivo, pero ahí estamos, buscando aquello que debe llenar el maldito cuenco de patatas.

Maldito sueño, me ha dejado clavado toda la mañana...

Y es que por mucha belleza que le entrego nunca acaba del todo saciado. Jodido agujero... Igual una de las condiciones del acuerdo fue esa, vivir constantemente pese a todo, aceptar ir comprendiendo la soledad y aceptando la existencia del cuenco.